

P. Generale Arturo Sosa, S.J.
Homilía en las exequias del P. Peter-Hans Kolvenbach, S.J.
Beirut (Líbano)
30 de noviembre de 2016

¡Qué hermosos los pies de los que anuncian la Buena Noticia!

La frase del profeta Isaías (52,7) podemos sentirla como parábola de la vida del P. Peter-Hans Kolvenbach. Una profunda experiencia de Dios marcó su vida desde joven. En ella encontró al mismo Señor que se paseaba junto al lado y llamó a Pedro, Andrés, Juan y Santiago para cambiar sus vidas y convertirlos en pescadores de hombres, en testigos de la presencia de Dios en la vida e historia humana.

En su contacto permanente y familiar con el Señor escuchó la llamada, se puso en camino, ingresó en la Compañía de Jesús (1948) y desde 1958 enlaza su vida con el mundo árabe, aquí en el Líbano, donde permanecerá sembrado en la tierra como la semilla que muere para dar fruto en abundancia.

Dotado de una inteligencia privilegiada, acompañada de una memoria precisa, el P. Kolvenbach, se sumerge en los estudios de lingüística con pasión y dedicación. Una pasión que nunca lo abandonó. Su dedicación a la lengua y literatura armenias son encomiables, así como su deseo de expresarse bien en cada lengua, para hacer llegar el mensaje del evangelio a todo aquel con quien se ponía en contacto. Sus homilías y exhortaciones espirituales nos llevaron de la mano a la escucha de la Palabra de Dios, a descubrir el mensaje de salvación y adherirnos a él por la fe. Su corazón creyente en Jesucristo, entregado hasta la muerte en la cruz y resucitado de entre los muertos, se expresaba a través de sus labios para proclamar que Jesús es el Señor de tantas maneras apropiadas a cada momento de su larga y fecunda vida de mensajero.

La familiaridad con el Señor del P. Kolvenbach, adquirida en largos y frecuentes ratos de estar a solas con Él, de contemplar su vida y modo de proceder, es la fuente de su libertad interior y de su audacia apostólica. Peter-Hans Kolvenbach era un hombre libre, mejor aún, liberado interiormente por la acción del Espíritu Santo. Desde esa libertad interior escogió ponerse todo entero al servicio de la Iglesia que se abría a los nuevos tiempos del mundo con el Concilio Ecuménico Vaticano II. Hombre de Dios, guiado por el Espíritu el P. Kolvenbach es un hombre de Iglesia, comprometido a fondo con el proceso de “ponerse al día” para proclamar la Buena Noticia en las específicas condiciones del mundo que se hace aldea global, en el que las desigualdades oscurecen la revelación del rostro paterno y misericordioso del Dios que puso en manos de la Humanidad la posibilidad de la vida fraterna entre gentes y pueblos que en su variedad expresan la multiforme sabiduría de su Creador. Para nosotros los jesuitas se ha hecho cercana la expresión *fidelidad creativa* acuñada por el P. Kolvenbach para expresar su propia audacia apostólica y la tensión en la que, sentía, se desarrollaba el servicio de la Compañía a la Iglesia para hablar de Cristo en todos los rincones de la tierra y todos los pliegues de la historia.

Durante una buena parte de su vida el P. Kolvenbach, casi veinticinco años, fue nuestro Padre General. Quisiera subrayar la palabra *Padre* porque es la que mejor expresa el modo como experimentamos su servicio a la cabeza del cuerpo de la Compañía. Padre sin dejar, en ningún momento, de ser hermano en su estilo de acogida cercana a cada uno, en su modo respetuoso y atento de escuchar a cada jesuita, a cada persona. Padre en su capacidad de engendrar vida.

En tiempos difíciles sirvió al Santo Padre con lealtad, fue fiel a la Iglesia e impulsó el caminar de la Compañía de Jesús al servicio de la fe que promueve la justicia del Evangelio. Padre que nos abrió al diálogo con “los otros”, haciéndonos conscientes de cómo compartimos con tantos otros la misión de anunciar el Evangelio y contribuir a hacer de este mundo la Casa Común. Nos abrió también al diálogo con las culturas, con las religiones y con las diversas tradiciones en la Iglesia.

Peter-Hans Kolvenbach conoció profundamente el cuerpo de la Compañía de Jesús. Tuvo un amor apasionado por la Compañía que experimentaba, en términos ignacianos, como su camino hacia Dios. Desde su amor a la Compañía animó a los jesuitas a descubrir la belleza del camino al que nos llama el Señor para llegar a él, unidos a todo los seres humanos.

Desde una profunda admiración por la vida y obra del P. Kolvenbach, desde el inmenso afecto que suscitó en mí, como en tantos hermanos y hermanas con los que se encontró en su vida, los invité a vivir este momento como acción de gracias al Señor que ha sido grande con nosotros al regalarnos una persona como Peter-Hans Kolvenbach. Agradecidos porque lo tendremos siempre con nosotros. Peter-Hans vive ya la vida de Dios, ha pasado de la muerte a la vida porque amó a sus hermanos y hermanas. Vive la vida que Papá Dios le devolvió al Señor Jesús después de su muerte en la cruz. La pascua del P. Kolvenbach nos habla otra vez de Cristo y nos asegura intercesión solidaria con los esfuerzo de la Compañía de Jesús y de la Iglesia por seguir escuchando, como San Andrés Apóstol, la llamada del Señor para dejarlo todo y seguir proclamando el mensaje de salvación.